

Notas sobre memoria e identidad en Confesiones de san Agustín

Notes about memory and identity in Confessions of Saint Augustine

Horacio Hernández Anguita

Encargado de la Villa Cultural Huilquilemu, Universidad Católica del Maule. Avenida San Miguel 3605, Talca, Chile. hhernand@ucm.cl

Recibido: 13 de marzo 2019, aceptado: 1 de abril 2019

Resumen

Estas notas reflexivas sobre memoria e identidad se hacen a partir de una lectura y análisis actual de *Confesiones* de san Agustín, conscientes de la preocupación contemporánea acerca de la memoria. El texto citado es de la traducción de *Confesiones* realizada por Agustín Uña Juárez, Editorial Tecnos, 5ª edición, Madrid, 2012, versión que sigue de cerca a la edición bilingüe de Ángel Custodio Vega, BAC, Madrid, 1998, la que también se tuvo a la vista. Advertimos en este artículo cómo la memoria reúne y congrega íntegramente a la persona humana, la hace consciente para interpretarse a sí misma, agradecer, ponderar el dolor o reconciliarse consigo. Es que, en la memoria autoconsciente, nos encontramos con la identidad propia, tanto personal como comunitaria. Lectura fecunda y con mucho sentido para la cultura de nuestro tiempo.

Palabras clave: memoria, tiempo, recuerdo, autoconciencia, identidad personal, identidad comunitaria.

Abstract

These reflective notes about memories and identities are made up on the basis of a current reading and analysis from *Confessions* by Saint Augustine, being conscious about the concerns of memory nowadays. The text cited corresponds to the translation of *Confessions* carried out by Agustín Uña Juárez, Editorial Tecnos, 5th edition, Madrid, 2012. This version is closely related to the bilingual edition by Ángel Custodio Vega, BAC, Madrid, 1998, which was also revised. In this article we pay close attention to how memory gathers and congregates entirely to the human being, how it makes them conscious, in order to fathom themselves, be grateful, overcome grief or reconcile with themselves. Since, it is in the self-consciousness that we find with our own identity both, personal and collective. Rich reading with a lot of sense for the culture of our time.

Keywords: memory, time, reminiscence, self-consciousness, personal identity, collective identity.

Interpretación del pasado en el presente

San Agustín, obispo de Hipona, con 46 años de edad, dirige su mirada hacia su pasado, rememora, expone y se expone en confesión a Dios y los hombres. Sabemos que su relato se detiene en hechos y situaciones que poseen distancias diferentes, valoraciones distintas. La conversión al cristianismo tras una larga lucha, había ocurrido en el año 386 y su bautismo en el 387. Todo ello está documentado en *Confesiones*, obra escrita en torno al 400 de nuestra era. Existe, por tanto, una distancia aproximada entre la conversión y la obra de 14 años. Al momento en que se escribe esta obra, entonces, estamos con ese “yo” que, no pudiendo ser abarcado en plenitud, por ser un fondo insondable, encuentra su eje desde esa cima elevada e interior que es la verdad eterna.

Ahora bien, el ejercicio de pensar el pasado personal vivido, narrarlo e intentar comprender su dirección y significado es sin duda una experiencia humana fundamental de la cual Agustín es un maestro y un clásico. En este sentido, Brown sostiene que Agustín en las *Confesiones*: “está obsesionado por la necesidad de *entender* lo que realmente le había ocurrido en su pasado” (Brown, 2003, p. 193). Sciacca, por su parte, en su notable y acucioso libro *San Agustín*, ha destacado, como pocos autores, lo que llama él “memoria autobiográfica” del santo de Hipona, cuyo ejemplo “tal vez insuperable”, dice, sean las propias *Confesiones*; el valor no sólo está en que Agustín recrea momentos del pasado vivido, labor rememorativa, sino que los hace presente a la conciencia actual en su significado y sentido, hasta ver todo el pasado personal “como aquello que actúa según un plan ordenado, un designio providencial, incluso cuando parece contradictorio”. La *recordatio*, por consiguien-

te, es para la *laudatio*. Lo cual revela en definitiva que la “historia de cada alma es la historia del amor que Dios tiene a toda criatura” (Sciacca, 1955, p. 301). Ninguno de nosotros se muestra al otro sino teniendo que recurrir al relato de lo que ha sido. En este sentido, lo que soy ahora es mi pasado presente. Y éste está en permanente revisión e interpretación. Es decir, el pasado vivido no queda clausurado. El pasado vivido es revisado una y otra vez. Es reinterpretado porque ulteriores circunstancias que la persona enfrenta, la llevan a la búsqueda del significado de hechos, decisiones o pesares sufridos. Ocurre, por consiguiente, que las mismas circunstancias del presente despiertan el recuerdo del pasado. Lo que enfrente hoy me lleva hacia lo vivido, como también, mi existencia está en el presente con todo mi pasado.

Pero comprender e interpretar nuestro pasado vivido no es asunto fácil. Sin embargo, Agustín es un clásico precisamente por llevar a cabo esa tarea que es, por lo demás, una exigencia permanente de la vida personal y social. Tanto es así que, de hecho, contamos muchas veces nuestra propia historia y lo hacemos de distintas maneras. La exigencia radica en que nuestro actual presente se enfrenta siempre desde la experiencia vivida. En efecto, los acontecimientos, lugares y personas que hacen la trama de nuestra trayectoria vital puedan encontrar su sentido y aceptación gradual allí donde, como en el caso de Agustín, hay una clave interpretativa.

Agustín lleva a cabo el ejercicio de pensar, narrar e interpretar su tiempo vivido desde una experiencia que le permite hacerlo y que es, como he dicho, una clave interpretativa. Se trata de la experiencia de la *conversión a Cristo* como verdad fundamental, sabiduría eterna, que ha entrado al tiempo del hombre para otorgarle una libertad y horizonte que no es posible desde

el mero empeño de la pura razón. En efecto, Agustín nos cuenta su vida pasada en presencia del Dios vivo que se ha revelado en Jesucristo. Su confesión es compartir un encuentro que le permite salir del horizonte de mera temporalidad hacia la nada, región de la muerte, para reconocer que el mismo tiempo es un don creado, obsequio de Aquél que “es” y que en el Verbo inmortal se hace cercano.

El Cristo humilde de Agustín es clave hermenéutica para volver al dolor de muchos errores y caídas, senderos recorridos con desaciertos, logros y desengaños, los que se muestran ahora como etapas de un proceso existencial de búsqueda y retorno a la unidad. Es el sentido existencial-trascendente que se descubre en la interioridad humana donde habita la verdad que hace libre.

Memoria y gratitud

Confesiones de Agustín manifiesta en forma radical la fugacidad, inconsistencia y fluir de la vida. El hombre se despliega y se desarrolla en el tiempo, y en razón de la memoria es conciencia del tiempo. Agustín recuerda que es “creatura” de “corazón inquieto” (San Agustín, 2012, p. 154). Pero tomar conciencia de ser criatura es reconocer que la existencia es obsequio: “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Corintios 4: 7), es la interrogante que repite nuestro pensador recordando las palabras de san Pablo. La memoria de lo vivido hace presente los sucesos grandes y pequeños, la precariedad y la nada misma, pero también lo recibido, la gratitud de iniciativas que proceden de Aquél para el cual brota la gratitud.

Nuestro pensador africano y obispo, que lee y relea las Sagradas Escrituras, hace suyas las expresiones del salmista que convoca al pueblo elegido a “recordar las maravillas que hizo el Señor” (Salmo 105:

5). Este recordar, en Agustín, se vuelve gratitud. Agradecimiento por todo, la vida, el sufrimiento, las caídas, dificultades, humillaciones, etc. Todo procede y tiene fundamento en el Dios eterno e inmortal. La vida humana, por consiguiente, en el tiempo, no es pasión inútil, ni ser para la muerte... Puede llegar a serlo, es verdad. Pero el sentido del recuerdo y tiempo vivido del hombre es para descubrir una y otra vez que *es un ser para la eternidad*. De ahí, la gratitud. Por eso, *Confesiones* es un libro que confía a los hombres y a Dios la gratitud de quien al recordar reconoce al Creador y al Salvador.

Agustín agradece en *Confesiones* haber descubierto la verdad y el significado de la existencia. Todo lo cual no debe entenderse como si dejase al obispo de Hipona sin enigma alguno. En realidad, el enigma de la existencia cobra significación trascendente y, por ello, no deja nuestro autor de formular y hacer conscientes, a lo largo de las páginas de la obra, el agradecimiento por lo vivido y, además, a que su texto y confesión contribuyan para que los hombres agradezcan: “Porque no es poco fruto, Señor Dios mío, que muchos te den gracias a causa de mí...” (San Agustín, 2012, p. 411). Así, *Confesiones* posee, como uno de los motivos del autor, la invitación a agradecer.

Memoria y dolor

Agustín en su obra *Confesiones* no esconde dolores que tocan las fibras más íntimas de su personalidad. Recuerda con impotencia los rigores de una educación cifrada únicamente en la forma, la exterioridad y el buen decir. Hace memoria de los castigos padecidos y toma distancia del modelo formativo imperante. Hace recuerdos del robo de peras en grupo de muchachos y el mismo recuerdo lo lleva a análisis de gran finura. Hechos de su conducta sexual a lo

largo de más de 15 años lo avergüenzan y hieren. Como de modo extraordinario, nos ha pintado el estado anímico de sufrimiento y angustia que provocó en él la muerte de un amigo, donde toca el límite de la existencia terrena, con un “extraño sentimiento (...), de modo que me era insoportable a la vez el tedio de vivir y el miedo a morir” (San Agustín, 2012, p. 232), confiesa.

Son los recuerdos de las “fealdades” (San Agustín, 2012, p. 184) que pesan. El extravío y dispersión vividos dejan patente el desgarramiento interior y cómo él fue esclavo por la adhesión a bienes caducos: “anduve –señala evaluando– dividido en partes, apartado de ti, uno, me desvanecí en muchas cosas” (San Agustín, 2012, p. 184). Es la desintegración interior.

No podemos abundar aquí en cada uno de los dolores que desgarraron a Agustín y que hace conscientes en *Confesiones*, pero conviene tener presente esta dimensión de la memoria que recuerda. Situaciones adversas, reveses de la fortuna, golpes de la vida hacen la experiencia de los límites. Nuestro autor experimentó la fragilidad humana en lo que dice relación a cómo dirigir el curso de su existencia. Situaciones incomprensibles y búsquedas acuciantes respecto al origen del mal en la historia humana. Precisamente, en sus afanes de respuestas, los extravíos de una inteligencia brillante fueron oscuros, por lo que experimentó la orfandad de no tener dónde afirmar la existencia y lograr claridad y adhesión para su mente y corazón inquietos.

El dolor interior que vive Agustín es el desamparo total de la existencia. Desamparo de la inteligencia, de los afectos y de la voluntad. Desamparo que lo hace estar abierto a recibir el don. Despojado de sí y vuelto hacia el Redentor, nuestro autor vive la paz consigo mismo, se entrega ha-

cia la bondad fundamental de la existencia, que procede de Aquél que es bondad infinita. Aprende que los sufrimientos siguen siendo enigmáticos y que cuestionan la bondad divina. Sin embargo, el Dios paciente en Jesucristo es consuelo y libertad, sana las heridas. Es que las iniquidades humanas están asumidas en el Verbo encarnado, llagado de muerte para darnos la vida inmortal. Es una visión optimista de la historia humana, cuyo análisis más logrado lo conseguirá en su monumental *La ciudad de Dios*.

Me parece que esta es una visión estupefaciente de la vida. Se entiende, por ello, que Agustín haga su confesión en alabanza y gratitud. La sabiduría inmortal por él buscada le permite “orientar mi camino” (San Agustín, 2012, p. 360). La filosofía para él es, por consiguiente y en sintonía con la época, el arte de vivir bien en el nuevo horizonte dado por la fe cristiana.

Memoria y reconciliación

El valor de *Confesiones* para una reflexión actual está en que los puntos que aborda pueden proporcionar categorías de comprensión y análisis contemporáneos. Dialogar con una obra tan antigua nos ayuda en perspectiva para avizorar el horizonte de nuestro tiempo. La memoria humana trae consigo traumas, desgarramientos y luchas. Es por ello innegable la gravitación de la memoria, tanto personal como colectiva. En el orden personal, no solo la amnesia constituye enfermedad de la memoria. También puede haber conflicto y luchas al interior del hombre, que la memoria hace presente. Agustín conoce esta realidad tanto en el plano personal como social. *Confesiones*, sin embargo, aborda lo que podríamos llamar la gradual reconciliación del yo.

En efecto, esta obra da cuenta de un drama existencial. Al recordar Agustín sucesos y

episodios de su vida, él selecciona aquellos por medio de los cuales nos puede ilustrar. Las narraciones suyas son un arte, introduciéndonos en zonas interiores que sabe describir. Con todo, cuando analiza en detalle los rincones del mundo interior a propósito del tiempo y de la memoria afirma: “Arde (*exarsit*) mi alma (*animus*) por conocer este enredadísimo enigma” (San Agustín, 2012, p. 493), para concluir: “ni yo mismo abarco todo aquello que soy” (San Agustín, 2012, p. 420).

Así, Agustín es cada vez más consciente del insondable misterio del hombre y da un claro ejemplo de lucha, incluso ya converso, cuando dice en el Sermón 43, 3, 4 ss.: “Entiende, pues, para creer; cree para entender... Entiende mi palabra, para creer la palabra de Dios; cree la palabra de Dios, para entenderla...” (Przywara, 1984, p. 147). En este sentido, nuestro autor nos ha heredado ese paciente esfuerzo que corresponde al buscador inquieto, que al llegar a la fuente de la vida, y la verdad, entra en la tensión existencial que ello implica. Pues la existencia cristiana es seguir en búsqueda como discípulo de Cristo, peregrino del reino y anunciador de la buena nueva. Seguir en búsqueda para entender lo creído y continuar creyendo para poder entender lo que se cree y proclama. Siempre en la vida y sobrepasado por el misterio eterno e infinito...

Agustín acoge en sí la unidad de sentido y afecto que da la sabiduría inmortal del Verbo encarnado, mediante un proceso gradual de integración y reconciliación de su rica estructura personal: conocimiento del mundo del espíritu, valoraciones, voluntad y acción, afectividad y pasiones, tendencias y debilidades inherentes a la criatura, no son ya ahora realidades inconexas, sino que convergen vigorosas en un solo foco de interés. Agustín se enfrenta desde la conversión a nuevos desafíos que

exigen de él riesgos y valentía, temple y ánimo sereno. Su entrega humana y cristiana llega hasta el aplomo.

La persona en quien la inteligencia y el sentir están integrados es la realización viva del *ordo amoris* (San Agustín, 1988, p. 206), el orden del amor, según Agustín. La sensibilidad es una con la inteligencia y voluntad; hace del saber y del sentir lo que originariamente han de ser: saber es saborear. Saborear es, así, gustar del esplendor de la Verdad. Reposo del amor. La memoria en Agustín, tras el ejercicio de narrar y contar en sus *Confesiones*, da cuenta de una reconciliación profunda e interior, que tiene su fuente en el encuentro del converso, pero que se traduce en alegría y libertad de espíritu.

Memoria e identidad

Los recuerdos de los que hace memoria Agustín en *Confesiones*, ¿qué constituyen para él? He aquí lo relevante del estudio al que nos abocamos. Cuando hemos leído su obra, y la frecuentamos, podemos sostener que damos con la identidad personal del autor. Es que en este libro, de manera singularísima, nuestro pensador se define a sí mismo. Nos cuenta quién es él. Y él mismo es una historia narrada. Para que lo conozcan los hombres, ha debido recurrir a poner por escrito episodios biográficos. No es una biografía tal como se entiende hoy. Pero los rasgos fundamentales del carácter, la sensibilidad exquisita, la inteligencia aguda y la dotada memoria, junto a los hechos vividos, manifiestan la configuración y perfil de la personalidad.

Es que hacer memoria de sí y de Dios permite que conozcamos la identidad suya, lo más propio de Agustín. Aunque sabemos que toda persona es incomunicable en lo más hondo y, por ello, única, es la misma persona que nos cuenta de sí misma la que nos revela y se manifiesta mostrándose.

Por otra parte, quien hace memoria como lo hace Agustín, lo lleva a cabo desde esa realidad profunda y dinámica del hombre que es la memoria.

En efecto, la memoria humana no es un conjunto de actos puntuales, sucesivos y evanescentes, que pueden ser recobrados por la facultad que posee el recordar. La memoria, según Agustín, hay que decirlo como tesis fundamental, *es el hombre presente a sí mismo*, en su conformación integral e identidad; el hombre mismo es memoria y su identidad está sedimentada por cada una de las acciones vividas durante el tiempo trascurrido y conservado, hasta que configuran el contorno de los rasgos más definidos de la personalidad en tensión hacia el futuro.

En la experiencia que cada uno posee, es evidente que, aunque existan varias versiones del yo personal en las diversas relaciones humanas que poseemos, lo que permite autocomprensión de sí mismo es tener a la vista nuestras propias acciones vividas. Y es la continuidad de ellas conservadas en la memoria lo que permite reconocernos en tales o cuales acciones. Sobre todo, esas en las que tengo plena conciencia de que he sido su autor.

En efecto, cuando cuento o relato algo mío, que he vivido y que recuerdo, digo no solo lo que fui, sino con ello descubro al otro mi propia identidad. Pues lo que soy está compuesto por el conjunto de los rasgos hereditarios –sí–, pero también por mi comportamiento, mi trayectoria vital, las opciones que he tenido, mis creencias y valores, que conservo y en las cuales vivo. Por cierto, todo esto se da en proceso de crecimiento, crisis, nuevas valoraciones, etc. La identidad personal de Agustín muestra hasta qué punto ha debido él hacer giros radicales, con asombrosa capacidad para el propio autoanálisis, y de volver a empezar, dejando su impronta im-

borrable para la cultura humana, con sus *Confesiones*.

A modo de conclusión

A la luz de lo tratado y a modo de conclusión, sostengo que la memoria en Agustín nos otorga un modo de comprensión privilegiado de lo que llamamos identidad personal humana, así como también en las comunidades y pueblos. La identidad en la persona, como en las comunidades, dice relación a que esas identidades son únicas. No hay dos personas iguales. Como no hay dos o tres comunidades iguales. Cada cual tiene una identidad propia.

Ahora bien, esa identidad responde a la pregunta de ¿quién soy yo?, o ¿quiénes somos nosotros? Para responder a esa pregunta, es necesario reconocerse a sí mismo. Desde luego, es insondable la realidad del yo consciente de sí. En este sentido, el reconocimiento de quién soy se me hace manifiesto al desvelar mi itinerario o trayectoria vital. Es decir, al “confesarme”, siguiendo la expresión agustiniana. Reconocerme es apropiarme conscientemente de lo que me es propio, de lo que es mío, mi vida única. Pues bien, tal reconocimiento se lleva a cabo precisamente cuando consigo abrir en parte el velo del misterio que existe en el conjunto de acciones que a lo largo de la existencia he realizado o de las pasividades que he tenido.

Pues bien, la autoconciencia de mí es una propiedad de la memoria por la que me identifico. Así digo, ese soy yo. Porque conozco lo que he vivido y puedo conocerlo, volver a mirarlo, porque tengo en mí el pasado ido. Es más, en el actual presente, soy mi pasado, con todo lo que eso implica: pasividades, iniciativas, decisiones, valoraciones, hábitos, afectos, fantasías, fracasos y acciones mías. Por consiguiente, el “quién soy”, del yo personal, únicamente puede ser respondido desde una narración

que da cuenta de la perduración continua en el tiempo y que la memoria conserva. De ahí que Agustín sostenga que la memoria “pertenece a mi naturaleza” (San Agustín, 2012, p. 420), es decir, que la memoria define el carácter personal del hombre.

Es que la memoria permite dar cuenta de sí. Yo soy ahora, es cierto, en la misma precariedad de la existencia que transcurre temporalmente. No obstante, por mi memoria este ahora reúne los tiempos en la interioridad de mi ser. Por eso puedo reconocer, por ejemplo, en el niño que fui, en determinado tiempo y lugar del pasado que ya se fue, lo que ahora soy. No podría ser el que soy sin la continuidad histórica de mi propio ser consciente mediante la memoria.

Aunque olvide gran parte de lo vivido y rescate del pasado fragmentos del mismo, escorzos e imágenes que muchas veces se diluyen. A pesar de mi esfuerzo por retener sucesos, por recordarlos, la memoria conserva lo que da continuidad a mi yo y olvida lo que permite que se hunda en el fondo del misterio personal. Eso sí, lo sabemos, la misma memoria sabe que olvida y el recuerdo del olvido es muchas veces un vestigio que permite el rescate de lo olvidado, a tal punto que podemos nuevamente reconocerlo, allí cuando una determinada circunstancia presente nos hace retornar a la memoria del olvido.

En Agustín, la memoria no es mera subjetividad y, por tanto, la identidad personal no está dada únicamente desde un consciente de sí aislado o solitario. La autoconciencia de la memoria es un diálogo con los otros, está inscrita esencialmente en una comunidad. Por eso, ese diálogo no solo es con los otros, sino y sobre todo, con el Otro absoluto y trascendente. Yo me doy cuenta de mí ante los demás. Digo quién soy, no ante mi ser; cuando digo quién soy, lo digo ante aquellos a los que cuento o narro lo

que soy. Únicamente ahí descubro quién soy. Expongo lo que soy ante una comunidad o ante una persona determinada, a la que me *confidencio*. Así, pues, mi identidad personal únicamente la reconozco en relación a los otros.

Dígase lo mismo de una comunidad. ¿Cuáles son los rasgos de un determinado pueblo? La memoria común nos hace presente el curso vital en el tiempo. Ahora bien, como en el ámbito personal, la memoria colectiva vive procesos de mayor o menor consciencia de sí. Pero ignorar la memoria de un pueblo es desconocer su identidad. Precisamente porque se trata de la vida humana, la memoria no queda fija en una comprensión definitiva de los hechos.

A lo largo del tiempo, la misma memoria reinterpreta y valora de modos distintos un mismo suceso, que toma diferentes significados. Con todo, lo vivido es de quien lo vive y rememora, del yo personal o del nosotros comunitario. Los hechos humanos están ahí. Y será el estudio de la historia el que se hará cargo de la memoria y las memorias, para lograr atisbar las identidades, tanto personales como comunitarias.

Por consiguiente, la identidad personal puede ser dicha con la expresión de Zubiri, según el cual, el hombre en el curso de la temporalidad histórica es “siempre el mismo; en cambio, aquello que hace es siempre distinto inexorablemente, nunca es lo mismo” (Zubiri, 1998, p. 124). En efecto, cada instante que se vive no es igual a otro y la existencia personal del hombre cobra la *figura* de su ser en el tiempo que la memoria custodia. Esa *figura* es la personalidad o lo que aquí entendemos por identidad personal, e identidad de los pueblos o identidad comunitaria resguardada por la memoria, memoria continuamente renovada y reconociéndose a sí misma, según las diferentes circunstancias y contextos,

que los tiempos y las épocas otorgan. Memoria y memorias, por la diversidad de personas y de pueblos. De ahí, la pluralidad de memorias y culturas, propia de la especie humana, que a lo largo del tiempo histórico cobran figura e identidad.

Finalmente, la cuestión de la identidad se hace más aguda en razón del impacto que produce la ciencia, y la biotecnología con la manipulación y control de la materia genética de la especie humana. Esto lleva a preguntas radicales y nuevas sobre la identidad. Según Carlos Montes, la memoria será fundamental para la “delimitación y clarificación” de lo específicamente humano y su identidad, que es “el reconocimiento del presente por lo vivido y la esperanza de proyectarlo hacia el futuro”. Por tanto, “no serán nuestros rasgos distintivos en un futuro biotecnológico ni la razón, ni los sentimientos –sostiene–, sino memoria, autoconciencia y esperanza” (Montes, 2004, pp. 299-304). Es que la memoria es custodia de la identidad personal y comunitaria.

Referencias bibliográficas

Brown, P. (2003). *Agustín* (S. Tovar y M. R. Tovar, Trad.). Madrid, España: Acento Editorial.

Montes, C. (2004). El elogio de la memoria y el paraíso recobrado: identidad, biotecnología y antropología. en *Blade Runner. Thémata. Revista de Filosofía*, 33.

Przywara, E. (1984). *San Agustín: perfil humano y religioso*. Madrid, España: Cristiandad.

San Agustín. (1988). *La ciudad de Dios* (Libro XV) (Obras completas de san Agustín, 17). Madrid, España: BAC.

San Agustín. (1998). *Confesiones* (Edi-

ción bilingüe de Ángel Custodio Vega). Madrid, España: BAC.

San Agustín. (2012). *Confesiones* (A. Uña Juárez, Trad.). Madrid, España: Editorial Tecnos.

Sciacca, M. (1955). *San Agustín* (Versión española de Ulpiano Álvarez Díez). Barcelona, España: Luis Miracle.

Zubiri, X. (1998). *Sobre el hombre*. Madrid, España: Alianza.